

La voz del río

A la hora de señalar lo que había que hacer para corregir algunos de los males de la Patria, Ricardo Macías Picavea señalará en su libro, "El problema nacional", la restauración del suelo, y como primer capítulo de esta restauración, la "política hidráulica" (1).

Doce años después de la aparición de "El problema nacional", Joaquín Costa reuniría en un volumen, bajo el título de "Política hidráulica", sus trabajos sobre el tema. El libro se reedita ahora de nuevo, y en no pocas cosas conserva su actualidad: Aragón sigue teniendo sed (2). Porque aunque haya un pantano de nombre Joaquín Costa y el río Esera no se lamenta ya, otros muchos ríos podrían hacer suyas las voces que Costa recogió más de una vez. En este libro aparecen dos veces. Una dentro del discurso pronunciado por Costa como presidente de la Liga de Contribuyentes de Ribagorza, con sede en Graus, iniciadora de la Cámara Agrícola del Alto Aragón. Otra, en "Vida Nueva", número 31, del 8 de enero de 1899. El agua traería la civilización, el verdor, la prosperidad y la riqueza, cambiando los "páramos africanos" en "inmensa pradera roja y verde, de trébol, alfalfa y esparceta, poblada de rebaños lucidos de ovejas y vacas en libertad, entre setos de arbolado...". Bucólico panorama que, ciertamente, no encuentra el viajero del actual Aragón, como tampoco lo encontraba el de hace tres cuartos de siglo.

Por política hidráulica entendía Joaquín Costa algo más amplio que lo que el adjetivo señala y limita. Con ello quería expresar "en cifra toda la política económica que cumple seguir a la nación para redimirse". Ambicioso plan, que así formulado parece casi obra de un arbitris-



Joaquín Costa.

ta. Aparte de que no siempre sería conveniente mirar de manera peyorativa a todo tipo de arbitristas (piénsese en los arbitristas de nuestro siglo XVI y XVII, portavoces, de hecho, de cierto tipo de contestación económica), aparte de eso, repito, es un pensamiento que enlaza con una tradición de patriotismo y que será encarnada en la época de Costa por el "regeneracionismo", con las salvedades de "prefascismo" que puedan señalarse (Solana, en la edición de Macías Picavea, citada en la nota 1, niega este carácter de precursores del posterior fascismo, aunque reconoce que en la búsqueda de soluciones tiene Picavea "elementos familiares a los regímenes totalitarios que surgieron en Europa después de la primera guerra mundial"; Tierno y Morodo han señalado los rasgos prefascistas de la llamada "generación sociológica" del 98).

Costa parece hacer suya la conocida frase del padre Feijóo: "El descuido de España lloro, porque el descuido de España me duele". Y llorará por un Aragón sin agua, reseco y africano, cruzado por ríos que van a morir inútiles en la mar. Cuando estos ríos se aprovechan, el paisaje y la vida cambian. El agua que no da la vida, la quita, dirá. Y tronará porque esos embalses de agua que son los Pirineos encuentren cauces a la hora del deshielo, cauces que sirvan para

regar y dar vida, no para matar en las riadas. Costa cita un ejemplo estremecedor: los vecinos de Santa Eulalia cruzaban el Gállego en barca, en dirección al santuario de la Virgen de Muriello, para solicitar de las alturas celestiales el beneficio de la lluvia, cuando una riada se llevó por delante a quince personas (la mayoría madres). Costa acaba así: "Y quince personas encontraron muerte cruel en aquel soberbio raudal, engrosado por las nieves, que habría bastado para regar los campos de Santa Eulalia y de cien poblaciones más y comunicar la vida a una comarca feracísima tan extensa como la de los Monegros y hacer de ella el primer granero de España y uno de los más hermosos paraísos de la Europa meridional". ■ VICTOR MARQUEZ REVIRIEGO.

Portugal: Una crónica total

Como periodista Manuel Leguineche cubre los conflictos internacionales con una rapidez de reflejos en la que sólo le llevan la delantera, por horas, las agencias informativas. Así, en Caldas de Rainha, en el golpe revolucionario del 25 de abril, cuyas crónicas se publicaron en TRIUNFO. En cambio, como escritor de libros, Leguineche se lo piensa dos veces. Ha dejado pasar una auténtica avalancha de libros sobre la revolución portuguesa, ha preferido que su informe — "Portugal, la revolución rota" (1) — recogiera el proceso entero hasta esa normalidad peculiar de la democracia portuguesa. No quiere ello decir que el autor temiera una evolución de los acontecimientos tal que desautorizara su posición, la que reflejó en los primeros momentos y la que iba a desprenderse del libro. Porque nada puede desautorizar lo que fue puntual y exacta información, aunque en ella se advirtiera bien claramen-

te la simpatía hacia la ruptura que supuso el golpe militar y la normalización de la vida política en Portugal. En las páginas preliminares escribe Leguineche: "A los que estuvimos en Portugal para contarlo desde los días de Caldas de Rainha, nos han echado en cara nuestra ingenuidad política y nuestra excesiva capacidad de entusiasmo por lo que vimos. Pero nunca llegamos a escribir que la revolución sería una fiesta permanente". Si esto es cierto, también lo es que el plazo que Leguineche se ha marcado para la edición del libro le permite valorar el proceso en toda su complejidad, de tal forma que se evita cualquier oportunismo coyuntural.

No ha seguido Leguineche una descripción lineal del proceso portugués. Tal método hubiera estado más justificado en un informe de urgencia. A estas alturas el autor ha optado por un montaje de contraposiciones, de vueltas atrás. El relato comienza en los días dramáticos del final de septiembre del 74, el famoso 28, cuando "alguien había tratado de robar a los portugueses el espíritu del 25 de abril". De esta Lisboa con barricadas saldría una nueva situación revolucionaria, pero al mismo tiempo se plantearían de forma definitiva unos problemas y unas tensiones que habían estado envueltos por el manto de claveles de los primeros momentos. Desde esta perspectiva volverá el autor al 25 de abril, a la primavera de Lisboa. En los momentos claves, en los días calientes del proceso, la descripción de los hechos es tan pormenorizada, que se va siguiendo por horas, por minutos, en un afán de información exhaustiva. Esta es, sin duda, una de las características relevantes del libro: la voluntad de información total que ha tenido Leguineche, y que ha cumplido. Si el lenguaje es tan atractivo como el de la crónica periodística, esta exigencia hace del informe un texto implacable. Tan implacable para el lector como útil para los especialistas en el tema. Es obvio que el autor ha querido compensar el aplazamiento del libro con

(1) Reeditado en una trabajada antología de Fermín Solana por Seminarios y Ediciones, 1972.

(2) En la nueva colección de Ciencias, Humanidades e Ingeniería, del Colegio de Ingenieros de Caminos, Canales y Puertos.

(1) Manuel Leguineche: "Portugal, la revolución rota". Ediciones Felmar, Punto Crítico, Madrid, 1976.